

Atizar el fuego

Hay tres preceptos que ningún gobierno puede ignorar: primero, no hay alternativa más que lidiar con quien es presidente de Estados Unidos. Nos puede gustar o disgustar, pero la superpotencia tiene un impacto desmedido sobre el mundo y más sobre México: es una realidad que no podemos cambiar. La geografía y las circunstancias políticas, sociales, económicas y geopolíticas son inexorables. En segundo lugar, la función de gobernar depende enteramente de la confianza que el gobierno logra obtener de parte de la ciudadanía, fenómeno que se magnifica dramáticamente en la era de las redes sociales. Cuando la Unión Europea negociaba con Grecia hace un par de años, la cabeza del Eurogrupo lo dijo de manera lapidaria: “la confianza llega a pie, pero se va a caballo”. Finalmente, el tercer precepto es que es mejor mantener las expectativas de la población bajas porque si todo sale bien el éxito es enorme, pero si sale mal nadie queda decepcionado. Alexander Pope, el gran poeta inglés del Siglo XVIII lo dijo de manera elocuente: “Bendito es quien no espera nada, pues nunca

acabará decepcionado”.

En los pasados meses, y en crescendo desde que Trump fue ungido como candidato a la presidencia, el gobierno mexicano ha ido violando uno a uno los tres preceptos. Independientemente de las preferencias de la población o de los integrantes del gobierno actual, nunca supo cómo lidiar con el hoy presidente Trump. Las quejas y críticas en los periódicos y redes sociales son una cosa, pero otra es el gobierno mismo, cuya responsabilidad no es delegable. En las gráficas de las encuestas de aquella temporada electoral se puede apreciar que cada vez que el expresidente Fox lanzaba uno de sus petardos, las preferencias por Trump ascendían. Lo mismo, pero en mayor grado, ocurrió cuando el presidente le dio trato de jefe de Estado al entonces candidato. Hoy es claro que el presidente Trump no va a cambiar o “moderar” su discurso: la interrogante clave es en qué medida los límites reales al poder (geopolíticos, de la estructura política-electoral estadounidense y de su sistema de pesos y contrapesos) contendrán sus peores excesos. Cuando Nixon inició su mandato, uno de los funcionarios de la Ca-

En los pasados meses, y en crescendo desde que Trump fue ungido como candidato a la presidencia, el gobierno mexicano ha ido violando uno a uno los tres preceptos. Independientemente de las preferencias de la población o de los integrantes del gobierno actual, nunca supo cómo lidiar con el hoy presidente Trump. Las quejas y críticas en los periódicos y redes sociales son una cosa, pero otra es el gobierno mismo, cuya responsabilidad no es delegable. En las gráficas de las encuestas de aquella temporada electoral se puede apreciar que cada vez que el expresidente Fox lanzaba uno de sus petardos, las preferencias por Trump ascendían.

sa Blanca les dijo a los periodistas del momento: “observa lo que hacemos, no lo que decimos”. Lo dicho es inmenso y muchas veces intolerable; ahora falta ver qué sigue en la realidad.

Lo que simplemente no es parte del repertorio del presidente Enrique Peña Nieto y su equipo es comunicarse con la población. Al gobierno no le interesa informar, explicar o convencer. Su concepción del go-

bierno es la del PRI de antes: mandar. El problema es que eso es imposible -como la evolución de esta administración ha demostrado- en la era de las redes sociales, la comenocracia y la ubicuidad de la información. Los gobiernos exitosos son los que informan y tratan de conducir la discusión para que la población entienda su racionalidad y, con suerte, la haga suya. Hace décadas, el gobierno podía controlar los

flujos de información, pero hoy eso es imposible: ésta no sólo surge de una infinidad de fuentes -igual serías que no- sino que la propia ciudadanía puede inventar, adicionar o modificar la información y diseminarla con la misma rapidez e impacto que cualquier gobierno. La confianza es clave para el funcionamiento de un gobierno, y más cuando se trata de un gobierno anclado en instituciones sin mayor fortaleza o credibilidad. A pesar de esto, la administración del presidente Peña está convencida que sabe más y mejor que toda la población. En este sentido, es patética su respuesta reciente a un fracaso más en la relación con el gobierno de Trump, la de recurrir a un nacionalismo ramplón: lo fácil es iniciar una escalada nacionalista; luego nadie sabe cómo pararla o quién la va a aprovechar.

Si bien es difícil gobernar en esta era, lo que es inexplicable es que el gobierno atice el fuego sin mayor reparo o, peor, sin sustento. La invitación al entonces candidato Trump fue ya de por sí temeraria, mostrando una profunda ignorancia de la manera de funcionar de la política estadounidense o de

los riesgos de tal acción para México. Pero nada explica el acto público del día 23 de enero en que el presidente y su secretario prácticamente ofrecieron que ya tenían resuelto “el problema”. Los días siguientes mostraron que la temeridad seguía ahí, con enorme disposición a incurrir en ingentes riesgos. Todos los gobiernos cometen errores: esa es parte inevitable de la función; lo que resulta inexplicable es la necesidad de atizar expectativas y, peor, cuando los riesgos que la sociedad en su conjunto percibe son extremos.

“El horno no está para bollos”, dice la conseja popular. El desafío que entraña la nueva administración estadounidense es poderoso en sí mismo y a éste se adiciona el proceso de sucesión presidencial que está en pleno apogeo: todo mundo trata de hacer leña del árbol que percibe muerto. El gobierno tiene que seguir hablando con sus contrapartes en EUA, pero no hay por qué precipitarse, dado que no hay condiciones para negociar. Mejor preparar el terreno para poder ser exitosos cuando la agenda de EUA lo permita. La prisa no es buena consejera.

@lrubiof

Jesús Cantú

Estados Unidos tampoco hace un buen trabajo

Más allá del tono en el que lo haya dicho, es un hecho que el presidente norteamericano Donald Trump considera que el gobierno mexicano no puede derrotar a los cárteles de la droga y que se requiere la presencia de tropas norteamericanas para lograrlo y, como ha sido la constante en todas las conversaciones (presenciales o telefónicas) entre el presidente mexicano, Enrique Peña Nieto y el norteamericano, el mexicano no tuvo respuesta.

Es un hecho que los cárteles de la droga tienen el control de zonas importantes del territorio nacional, como es evidente en Michoacán, Guerrero, Tamaulipas y Sinaloa, entre los más significativos; también es una realidad que a pesar de todas las detenciones de capos y las bajas que les han infringido en los encuentros con el ejército mexicano, los cárteles mexicanos son en estos momentos muy poderosos. En este sentido era imposible rebatir esa parte de la afirmación de Trump.

Sin embargo, el mandatario mexicano también podía cuestionar el trabajo que hacen los norteamericanos en su territorio, pues son el principal consumidor de drogas y mantiene una tendencia a incrementarlo todavía más.

De acuerdo al último informe mundial sobre drogas de la Organización de las Naciones Unidas en el 2014 el 2.3% de la población norteamericana mayor de 12 años consumía cocaína (porcentualmente únicamente era superado por Escocia con el 2.4 y compartía el segundo lugar con España, con el mismo porcentaje); y el 1.2%, consumía éxtasis (en este caso porcentualmente lo superaban Australia, 3.0; Nueva Zelanda, 2.6; Escocia, 1.7; Holanda, 1.4; e Inglaterra y Gales, 1.3). Aunque porcentualmente no ocupa el primer lugar, en números absolutos sí lo hace por las diferencias poblacionales.

De acuerdo a la Encuesta Nacional sobre el Uso de Drogas y Salud, que anualmente realiza la Administración de Servicios de Abuso de Sustancias y Salud Mental de los Estados Unidos, el número de norteamericanos que consumieron droga en los 30 días previos al levantamiento de la encuesta creció de 22.5 millo-

Es un hecho que los cárteles de la droga tienen el control de zonas importantes del territorio nacional, como es evidente en Michoacán, Guerrero, Tamaulipas y Sinaloa, entre los más significativos; también es una realidad que a pesar de todas las detenciones de capos y las bajas que les han infringido en los encuentros con el ejército mexicano.

nes a 27 millones del 2011 al 2014, pasando del 8.7% de la población al 10.2%, es decir, 4.5 millones más de personas y 2.5 puntos porcentuales más. El mayor crecimiento se da en el caso de los consumidores de marihuana y hashish, que pasaron de 18.5 a 22.2 millones, es decir, 3.7 millones más.

El consumo de medicamentos psicoterapéuticos también muestra un crecimiento importante al pasar de 6.1 millones de personas en el 2011 a 8.1 en el 2014; el consumo de alucinógenos pasó de 1 millón a 1.2 millones; el de cocaína de 1.4 millones a 1.5; y el de heroína, de 300 mil a 400 mil.

Como puede verse hay un crecimiento en términos porcentuales y absolutos y es este mercado el que impulsa la producción de las mismas en México y otros países de América Latina y Asia, principalmente. Si los norteamericanos lograrán controlar dicho consumo y, sobre todo, el comercio ilegal de las mismas en su territorio, también se abatirían la producción y el tráfico de estupefacientes en los otros países.

Sin embargo, aunque Trump ciertamente rompe con muchas de las tradicionales prácticas norteamericanas, en esto no hay ningún cambio: obligan a los países productores a combatir a los narcotraficantes con el altísimo costo en vidas humanas que eso significa, mientras ellos no pueden controlar el comercio ilegal ni abatir el consumo.

La mayor ayuda que los norteamericanos pueden proporcionarle a México para derrotar a los “hombres muy malos” es precisamente hacer un buen trabajo en su territorio. Eso sería mucho más eficaz y eficiente que el envío de tropas a nuestro país para pretender derrotar a los cárteles de la droga y, desde luego, que la construcción del

muro para evitar el tráfico de estupefacientes.

Lamentablemente esto que es tan obvio y del dominio público parece fuera del alcance de los gobernantes de ambos países: Trump se empeña en culpar de todos sus males a México y Peña Nieto no se atreve a poner un alto a las ofensas del norteamericano. La experiencia en el trato con él (tanto del presidente mexicano como de gobernantes de otros países) evidencia que no entienden argumentos racionales ni cifras contundentes, por lo que hay que recurrir a su misma receta: “ser duros”, para evitar que se “aproveche de nosotros”.

Haya sido ofrecimiento de ayuda, broma o amenaza (pues son las tres versiones que se han difundido) el envío de tropas norteamericanas a México es totalmente inaceptable, pues claramente vulnera la soberanía nacional y eso había que dejarlo muy claro y, como es evidente en las versiones de la conversación que se han filtrado, eso no sucedió en la llamada que sostuvieron los dos presidentes.

Casualmente los dos presidentes tienen los niveles de aprobación más bajos de toda historia. Y aunque los porcentajes no son comparables, ya que Peña Nieto apenas alcanza cifras de 2 dígitos, mientras Trump llega al 44%, de acuerdo a la última encuesta de CNN, si se ubican en el contexto de cada uno de los países sí lo son, ya que ese porcentaje es 33 puntos porcentuales menos que el 76% que tenía al inicio de su gestión Barack Obama. Además el 44% se reduce al 40% cuando se les pregunta por el manejo de las relaciones exteriores y al 38%, en lo referente a la construcción del muro en la frontera.

Con su actitud Peña Nieto pone en riesgo la soberanía nacional y desaprovecha la oportunidad de mejorar sus niveles de aprobación.

El centenario en tiempos de cambio

Sergio López Ayllón

El centenario de la Constitución traerá ceremonias y discursos que, mucho me temo, abonarán al vacío de sentido que vivimos. Los festejos coinciden con un momento de cambios sociales profundos que anuncian un entorno diferente para México y el mundo, y que ponen en entredicho muchas de las certezas que constituían los pilares fundacionales de nuestra Constitución. Festejaremos un texto cimbrado por una realidad que desafía sus promesas y que agota muchas de sus certezas.

Empecemos por preguntarnos qué significa la Constitución para los ciudadanos. La tercera encuesta de cultura constitucional del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, levantada a finales de octubre de 2016, muestra una triste realidad. Por un lado, confirma que 91% de los mexicanos declara conocer poco o nada nuestro centenario texto. Del lado de la percepción, 84% de la población cree que la Constitución se cumple poco o nada. ¿Podemos razonablemente esperar que los festejos tengan algún significado a partir de estos datos?

Pero la encuesta muestra también un sombrío ánimo social. Los sentimientos que predominan son el “enojo” (43.7%) y el “miedo”

(38.5%), la percepción general es que la situación del país es peor a la que teníamos hace un año y casi tres cuartas partes de la población creen que el país va por el camino equivocado. La falta de confianza en el gobierno es pobre (69% confían nada o poco) y en los políticos aún peor (74%).

Más allá de los datos, el entorno global muestra que las instituciones de la democracia representativa son insuficientes para dar respuesta a las múltiples manifestaciones que exigen con urgencia un cambio de modelo. En casi todos los países de mundo occidental existe un divorcio profundo entre las clases políticas y los ciudadanos, descontenta que facilita la emergencia de fenómenos como el Brexit o la llegada de personajes como Trump a la presidencia del país que, durante décadas, fue el paradigma de las promesas del mundo libre y democrático.

La Constitución de 1917 es la misma, pero es otra. No podemos entenderla sin considerar las razones de sus más de 600 reformas que han generado de hecho una nueva constitución. Conviene reconocer los avances en materia de derechos fundamentales, sistema electoral, división de poderes, autonomías constitucionales y mecanismos de defensa de la Constitución. Pero también

admitamos los graves déficits que tenemos en materia de federalismo, corrupción, procuración e impartición de justicia y gobernanza democrática.

Si nos empeñamos en una celebración que se limite a cantar loas al pasado sin mirar los retos del futuro nos equivocaremos gravemente. En el contexto actual, el centenario de la Constitución exigiría un replanteamiento profundo del pacto social para generar uno nuevo basado en una lógica distinta y construido con base en información, diálogo y responsabilidad. De no hacerlo repetiremos la fórmula de promesas y retórica (sirva la Constitución de la Ciudad de México como el mejor ejemplo).

El centenario es la oportunidad de replantearnos qué queremos de una Constitución, no como aspiración, sino como una voluntad política compartida que compromete y obliga. Atrevámonos a preguntarnos, qué derechos y qué obligaciones queremos los mexicanos y junto con ellos qué diseño necesitamos para que cualquier ciudadano pueda saber a quién le toca hacer qué, con qué recursos y con qué mecanismos de rendición de cuentas. Esa ruta, creo, constituiría de verdad una celebración.

*Director del CIDE

Conmemoración más que celebración

Jorge Islas

¿Qué debemos festejar el próximo domingo 5 de febrero? En estricto sentido nada, o no mucho, dado que gran parte de los anhelos y principios que dieron origen a la revolución y que fueron plasmados en la Constitución de Querétaro, siguen sin cumplirse, en especial los derechos que debían de asegurar un mejor momento para los grupos sociales más desprotegidos del México posrevolucionario.

Podemos presumir que fuimos pioneros en diseñar y garantizar nuevos derechos sociales para reivindicar la dignidad colectiva de campesinos y trabajadores, pero en los hechos, lamentablemente seguimos con los mismos problemas de desigualdad, injusticia, pobre-

za, marginación, exclusión, atraso y falta de oportunidades en diversas zonas de nuestra geografía nacional. Podríamos agregar el componente de la violencia e inseguridad pública que se vive a diario en distintos lugares y regiones del país, como una negación de la civilidad, del estado de derecho y de una Constitución que es respetada.

Tanto Carranza como los Constituyentes, impulsaron la creación de una nueva base constitucional, para defender al marginado del abuso del pudiente. Se crearon nuevos derechos, procedimientos e instituciones para este fin, pero la realidad no cambió el destino de las familias más pobres del país, aún y cuando la Carta Mag-

na establecía nuevas obligaciones institucionales para mejorar las condiciones de vida de los más necesitados.

A la pregunta de si debe de ser reformado el sistema de gobierno que tenemos, respondería que sí. Los hechos y resultados de gobierno, hablan por sí mismos, sin embargo, creo que debemos de intentar modernizar y actualizar al sistema presidencial, incorporando algunas figuras del sistema parlamentario, para hacer más responsable al gobierno. El mejor homenaje que le podemos ofrecer a la Constitución, es conocerla a pesar del largo texto en el que se ha convertido, pero sobre todo, hacer que los gobernantes la respetan y la observen sin titubeo alguno.